

laridades en que hubieren incurrido, y, si se trata de delito, reparado el escándalo e im-  
puesta, si fuere posible, una saludable penitencia. Puede hacerse uso de esta facultad  
en el fuero externo, en cuyo caso deberá levantarse el acta respectiva, conservarse cui-  
dadosamente mientras se puede mandar con seguridad a esta S. Mitra. c) Dispensar o  
comutar el voto privado y el juramento, pero sin perjuicio de tercero.

La S. Congregación de Sacramentos faculta a los Ordinarios, para que éstos a su vez  
puedan subdelegar, el poder dispensar de los impedimentos matrimoniales en que suele  
dispensar la Santa Iglesia. En cuanto a esta facultad, deberán atenderse a lo dispuesto en  
nuestra Circular de 8 de diciembre de 1927, cuando se trate de matrimonios por cele-  
brar. Si se trata de matrimonios contraídos con impedimento (siempre que no se trata  
del impedimento de afinidad en primer grado de la línea recta o del que se refiere a los  
ordenados *in sacris*), todos los Sacerdotes aprobados están autorizados para dispensar el  
impedimento, *servatis de iure servandis*, revalidar el matrimonio y hacer la sanación *in ra-  
dice*, si fuere necesario. Las facultades concedidas en los números 2, 3 y 4 de estas ins-  
trucciones, valen por el tiempo que duren las actuales circunstancias.

5. A todos los Señores Sacerdotes aprobados para administrar, les conmutamos el  
rezo del Oficio Divino por el Rosario de quince misterios, cuando medie para ello causa  
razonable. Quedan exentos los Señores Párrocos de la obligación de aplicar la Misa *pro  
populo*. Estas facultades valen hasta el día 20 de diciembre de 1929, según el tenor de  
los Rescriptos respectivos.

6. La S. Congregación de Sacramentos en 22 de diciembre de 1927 se ha dignado  
conceder que los fieles puedan comulgar a cualquiera hora del día o de la noche, aun sin  
estar en ayunas. Cuando prevean la hora y el momento en que deberán recibir a Jesucristo  
Sacramentado, procurarán abstenerse de tomar alimento una hora antes. En cuanto a  
esto nos ha parecido dar las siguientes instrucciones: a) Queda en pie la obligación de  
recibir la S. Comunión en estado de gracia, es decir, sin conciencia de pecado mortal y  
sólo una vez al día. b) Sólo podrá conservarse el S. Depósito, en las casas cuyos mora-  
dores obtengan privilegio de la Santa Sede, licencia de esta S. Mitra o del Párroco res-  
pectivo o quien haga sus veces. Por las circunstancias actuales concedemos a los fieles  
de la Diócesis el que se proporcionen a sí mismos la S. Comunión, siempre que observen  
las prescripciones siguientes: a) que enciendan dos velas por lo menos y que éstas  
sean de cera; b) la persona más conveniente colocará el copón o cajita que contenga  
las SS. Hostias sobre un lienzo limpio; c) se pondrá cerca un vaso limpio con agua;  
d) los que van a comulgar rezarán el yo pecador y acercándose en seguida de uno en  
uno, tomarán con su propia mano la S. Hostia y la colocarán sobre la lengua, purificán-  
dose los dedos en el agua del vaso y retirándose a dar gracias con el debido respeto.  
Adviertan los fieles que sólo la necesidad puede justificar que los seglares tomen con  
sus manos las sagradas Formas, por lo cual deberán hacerlo con especial devoción y  
respeto.

7. Mientras duren las actuales circunstancias, los fieles podrán imponerse a sí mis-  
mos el Santo Escapulario de Nuestra Señora del Carmen. Bastará que lo obtengan, se  
lo impongan, y, cuando sea posible, se inscriban en la Cofradía correspondiente.

Dado en León, Gto., a los 27 días del mes de mayo de 1928, Fiesta del Espíritu  
Santo.

R. ORNELAS,

Pro-Vicario General.

Lic. A. RANGEL,

Secretario

## EL SOLEMNE DESENGAÑO

AL EXCMO. SR. DUQUE DE OSUNA, ETC., ETC., ETC.

### ROMANCE PRIMERO

EL GALAN.—LA ENFERMEDAD



Y las siniestras miradas  
Y el mudo desasosiego,  
Ya en los saraos de la corte,  
Ya en los festines risueños,  
Ya en la caza bulliciosa,  
Ya en solitarios paseos,  
Ya en el salon, ya en la plaza,  
Ya en la justa, ya en el templo,  
En la mesa, en el despacho,  
En la vigilia, en el sueño,  
Un alma rota descubren  
Por un fijo pensamiento,  
Y un corazon que devora  
El cáncer de un gran secreto

En vano sondar procuran  
Los malignos palaciegos,  
Con astucia cortesana  
Aquel abismo encubierto.  
Tan solamente columbran  
Que los ocultos tormentos  
Del Marqués, se dulcifican  
Para ser mayores luégo,  
O cuando en palacio asiste  
Al servicio honroso, atento,  
De la Emperatriz augusta,  
De las hermosas modelo;  
O cuando busca devoto  
Con el fervor más ingénuo,  
Arrodillado en la iglesia,  
En Dios amparo y consuelo;  
O cuando por los jardines  
Que al pié de la gran Toledo  
Riega el Tajo, se pasea  
Solo, y del bullicio léjos,  
Con Garcilaso su amigo;  
Ora escuchando sus versos,  
Ora en largas conferencias  
De gran sigilo y misterio.

De fortuna en la alta cumbre,  
Grande, jóven, rico, bueno,  
De virtud, saber, belleza,  
Dechado, pasmo y modelo;  
El más galan en la corte,  
En las justas el más diestro,  
El más afable en su casa,  
El más docto en el consejo;  
Brilla el Marqués de Lombay  
Cual rutilante lucero,  
Al lado de Carlos quinto  
Domador del Universo.  
Mas entre tantos aplausos  
Y en tan elevado asiento,  
Donde el orbe le sonríe  
Y donde le halaga el cielo,  
Algo falta á su ventura,  
O alguna mano de hierro  
Del corazon se la arranca,  
Y se la saca del pecho.  
Melancólico el semblante,  
Y los labios entreabiertos,

TOMO II

Allá en palacio embebido  
 Quedaba en mudo embeleso,  
 Pálido ó rojo el semblante,  
 Convulso, agitado el pecho,  
 Y bebiendo con los ojos,  
 Llenos de vida y de fuego,  
 De la Emperatriz hermosa  
 Los más leves movimientos.

En acatarla, en servirla,  
 Y en acertar sus deseos,  
 Aunque tímido y turbado,  
 Diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado  
 Se le miraba en el templo,  
 Como quien está en batalla  
 Con gigantes del infierno,

Y pide al Omnipotente  
 Para tal combate esfuerzo;  
 Y despues de orar un rato,  
 Y áun de verter llanto acerbo,

Dijérase que encontraba,  
 De misericordia lleno,  
 Al Señor á quien auxilio  
 Demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas  
 Era tan locuaz y tierno,  
 Tan expresivo unas veces,  
 Otras tan callado y sério,

Como el que ó cuenta delirios  
 Y habla de locos proyectos,  
 O escucha reconvenções  
 Y oye inflexibles consejos.

En estado miserable  
 Su espíritu estaba puesto,  
 Y era infeliz, en las dichas,  
 Luchando consigo mismo,  
 Entre pasiones, virtudes,  
 Obligaciones, deseos,  
 Infemales sugestiones  
 Y celestiales preceptos:

Siendo campo de batalla  
 Su mente y su roto pecho,  
 Do luchaban frente á frente  
 Angeles malos y buenos.

La más lozana azucena,  
 Gala del jardín, el cuello  
 Dobla marchita, si esconde  
 Roedor gusano en su seno.

Y la más gallarda encina  
 Que alza su pompa á los cielos,  
 Si el corazón se le seca  
 Rómpele al soplo del viento;

Así con un alma enferma  
 No puede haber sano cuerpo,

Ni salud que no se postre  
 Con un corazón deshecho.

Al cabo maligna fiebre  
 Convierte la sangre en fuego,  
 Por las robustas arterias,  
 Por el juvenil cerebro

Del de Lombay, que postrado  
 Yace doliente en su lecho  
 De oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!  
 Duro potro de tormentos.

Como jefe de palacio  
 Tiene su vivienda dentro,  
 Con ostentación servido  
 De pajes y de escuderos.

Mas la pena más amarga  
 Y el más hondo desconsuelo,  
 Y la ansiedad más horrenda  
 Y el cuidado más acerbo

Reinan en las ricas salas,  
 Entre amigos y entre deudos,  
 Cunden en palacio todo,  
 Y consternan á Toledo.

Pues reyes, príncipes, grandes,  
 Hidalgos y caballeros,  
 Y hasta el vulgo humilde, miran  
 Con asombro y desconsuelo

En el peligro de muerte  
 A tan gallardo mancebo,  
 A tan alto personaje,  
 De virtud á tal portento.

Y no hay semblante sin llanto,  
 Ni sin angustias hay pecho,  
 Ni labio que no pregunte  
 Con inquietud y con miedo.

Garcilaso de la Vega  
 (Sin que ni el hambre ni el sueño  
 En su ansiosa vigilancia  
 Tengan el menor imperio),

Ni un hora, ni un solo instante  
 Deja el lado del enfermo,  
 Y de él los ojos no aparta,  
 Sentado junto á su lecho.

Ojos de llanto arrasados,  
 Pero de continuo atentos  
 A que nadie, nadie escuche  
 Sus fantásticos conceptos,

Las voces rotas, que acaso  
 Del delirio en el acceso  
 Suelen dar funesta lumbre  
 Revelando hondos misterios.

Y cuando allá á media noche  
 Rendidos ya por el sueño  
 Yacían los servidores  
 Reinando feral silencio,  
 Y en letargo sumergido  
 También miraba al enfermo,  
 En el estado terrible  
 En que es casi muerte el sueño;

A la luz trémula, opaca,  
 De lejano candelero,  
 Que abultaba oscuras sombras  
 En las cortinas del lecho,

Dando vislumbres escasas  
 Y fantásticos reflejos,  
 En rapacejos de oro,  
 Molduras y terciopelos;

Garcilaso, vigilante,  
 Un tenue rumor oyendo,  
 Se alzaba con mudos pasos,  
 Y á un lado del aposento

Levantaba, no sin susto,  
 Un rico tapiz flamenco,  
 Y en la pared descubría  
 Angosto postigo abierto.

Vago bulto silencioso  
 Por él asomaba luégo,  
 Con manto y capuz sin formas,  
 Aparición, sombra, ensueño,

Sobrenatural producto  
 De algun conjuro. Con lentos  
 Pasos, sin rumor, al lado  
 Llegaba del rico lecho,

Y en el doliente clavaba  
 Ojos cual brasas de fuego:  
 Y una mano, que en la sombra  
 Daba vislumbres de hielo,  
 Por la calurosa frente  
 Del aletargado enfermo

Pasaba, gemidos hondos  
 Ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo  
 Postigo oculto y estrecho  
 Desaparecía, dejando  
 Como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,  
 Y que había cobrado cuerpo  
 Alguno de los delirios  
 De la mente del enfermo.

La senda el tapiz borraba  
 El muro otra vez cubriendo,  
 Y tornaba Garcilaso  
 A ocupar mudo su puesto.

El doctor Juan Villalobos,  
 De aquella corte Galeno,  
 Al personaje consagra  
 Toda su ciencia y su esmero.

Y en el pronóstico duda,  
 Y cauto no quiere hacerlo,  
 Hasta que síntomas note  
 Más favorables que adversos.

De la juventud al cabo  
 Triunfó la fuerza, y el cielo  
 Miró con benignos ojos  
 La angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,  
 Y tornó á lucir risueño  
 El rayo de la esperanza  
 En los aterrados pechos.

Docto ó sagaz Villalobos  
 Prescribe como remedio,  
 Que busque fuera de España  
 Nuevos aires, climas nuevos.

## ROMANCE SEGUNDO

### LA AUSENCIA

El gran Marqués de Lombay,  
 Del inminente peligro  
 Salvo, en que se vió de muerte  
 Por enfermedad ó hechizo,

Salió de España, siguiendo  
 Los saludables avisos  
 Del docto Juan Villalobos,  
 O médico ú adivino.

Y aunque el dejar á Toledo,  
 Para su pecho lo mismo  
 Fué que dejarse allí el alma,  
 Resignóse al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,  
 Aquel veneno escondido,  
 Aquel encubierto cáncer,  
 Aquel pertinaz martirio

Que desgarraba su pecho,  
 Que turbaba sus sentidos,  
 Que devoraba su vida,  
 Que era su infierno continuo,

A los campos de la Italia  
 Llevó, ¡miseró! consigo;  
 Pues penas como las suyas,  
 Que astros y contrarios signos

Combinan, fraguan y aplican  
Para un fin desconocido,  
En un alma de gran temple,  
En un pecho de alto brio,  
No mudan cuando se muda  
De atmósfera y domicilio;  
Porque no cambian del cielo  
Los misteriosos designios.

Halló el Marqués en Italia  
(Porque al cabo el cielo quiso  
Que algun consuelo encontrase,  
Que tuviese algun alivio),  
A su tierno confidente,  
A Garcilaso su amigo,  
Que guerrero tan insigne  
Como trovador divino,  
Siguió de Italia la empresa  
Por el César Cárlos quinto,  
Con el canto de las Musas  
Uniendo de Marte el grito.

El Marqués, cual siempre mustio,  
Y cual siempre discursivo,  
De aquella guerra los lances  
Siguió con denuedo y brio.  
Y ante la imperial presencia,  
Con Garcilaso su amigo,  
Lidió como caballero  
En los combates y sitios.  
Le encantaron las campiñas  
Y los Alpes y Apeninos,  
Y visitó cual curioso,  
Y admiró como entendido  
Los insignes monumentos,  
Ya modernos y ya antiguos,  
Que hacen el suelo de Italia  
En altos recuerdos rico.  
Como devoto cristiano  
Oró postrado y sumiso,  
En las ermitas humildes  
Que daban nombre á los riscos;  
Y en los magníficos templos  
Que ensalzan al cristianismo,  
Y son de aquellas ciudades  
Ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines  
Que riega el Tesin y el Mincio,  
Los mismos nombres oyeron  
Que el Tajo oyó sorprendido!  
¡Cuántas veces las canciones  
De Garcilaso, que hoy mismo

Nos admiran y enternecen,  
Vencedoras de tres siglos,  
Tiernas lágrimas sacaron  
De los ojos encendidos  
Y del corazon doliente  
Del Marqués contemplativo  
En las selvas do arrancaron  
No ménos hondos suspiros,  
De otros destrozados pechos  
Los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces, ay, seguian  
Del Marqués los ojos fijos,  
De la plateada luna  
El lento y mudo camino;  
Y al verla hacía el occidente  
Rodar con pausado giro,  
Algun encargo le daba  
Para el Tajo cristalino;  
Con sus miradas queriendo  
Como estampar en el disco  
Caractéres, que otros ojos  
Por un prodigioso instinto  
Leyeran, cuando argentada  
Derramara el claro brillo  
Sobre el régio balconaje  
De algun alcázar dormido!

De la expedicion de Francia  
Tornaba, pues, el servicio  
Del Emperador siguiendo,  
Con Garcilaso el divino,  
Cuando no léjos de Niza,  
Antigua torre ó castillo,  
A los pendones del César  
Osó estorbar el camino.  
Tal empresa de dementes,  
Por temeraria, el prestigio  
Perdió de valiente, siendo  
Sólo acreedora al castigo,  
Y á dárselo Garcilaso,  
Desnudo el acero limpio,  
Y embrazada la rodela,  
Voló en enojo encendido.  
Desesperados resisten  
Los tenaces enemigos,  
Y darles súbito asalto  
Determinase al proviso.

Se aplica la escala al muro,  
Y sube por ella altivo  
El valeroso poeta  
Que el miedo jamás ha visto;  
Cuando de los matacanes  
Desplómase con ruido  
Grave piedra, que arrollando  
La escala, frágil camino

Por do á la gloria subian  
Tanto ingenio y tanto brio,  
Hirió la noble cabeza  
Do el lauro á la yedra unido  
Hubiera evitado el rayo,  
Y no pudo, ¡infausto sino!  
De un tosco peñasco entónces  
Evitar el rudo tiro.  
Cayó el noble Garcilaso  
En el foso; horrendo grito  
De desconsuelo y venganza  
Atronó el fatal recinto;  
Y el de Lombay presuroso  
Al socorro de su amigo  
Voló, y en sus tiernos brazos  
Retirólo con peligro.

Una hora despues escombros  
Era el funesto castillo,  
Y de la alevosa sangre  
Era su ancho foso un rio,  
Pues completa la venganza  
De Garcilaso hacer quiso,  
En dolor y saña ardiendo,  
El Emperador invicto.  
Mas, ¡ay! fué venganza estéril  
Cual siempre todas han sido,  
Pues en Niza á pocos dias  
Era el poeta divino

## ROMANCE TERCERO

UN SOL APAGADO



Era la estacion florida  
De la hermosa primavera,  
Tan hermosa en las regiones  
Que el Tajo aurífero riega;

Cadáver yerto, dejando  
La fama de sus escritos  
Y la gloria de su muerte  
Por rica herencia á los siglos.  
Golpe atroz, golpe tremendo  
Fué para el Marqués su amigo,  
Pérdida tan impensada,  
Tormento tan imprevisto,  
Y del dolor más profundo  
Mil pensamientos distintos  
Y mil funestos presagios  
Le hundieron en tal abismo  
Que si el brazo del Eterno,  
Que aún para mayor conflicto  
Le reservaba, no hubiera  
Dádole piadoso auxilio;  
Acaso una misma losa,  
Acaso un túmulo mismo  
Encubrieran y tragaran  
Los restos de ambos amigos.

A poco con luto amargo  
En el alma y el vestido  
Tornó, ¡infelice! á Toledo  
Con el César Cárlos quinto,  
El marqués; sin confidente  
En quien encontrar alivio,  
Ahogando en tormento mudo  
De su alma rota los gritos.

Y un sol jóven, rutilante,  
Rodando por la alta esfera  
De puro záfir, torrentes  
De luz vivífica y nueva  
Derramaba por Castilla,  
Y sobre las gigantescas  
Torres de la gran Toledo,  
De España corte y diadema.  
De Toledo, que con justas,  
Banquetes, danzas y fiestas,  
De su Monarca triunfante  
Solemnizaba la vuelta.  
Córrense cañas y toros,  
Donde luce su destreza,  
Gran jinete en ambas sillas,  
El sacro y augusto César.  
En los soberbios palacios  
Músicas acordes suenan,  
A cuyo compás gallardas  
Lucen las damas sus prendas.  
Joyas, insignias, brocados  
Los ricos salones llenan;

Y plazas, calles, paseos,  
Corceles, galas, libreas.  
Opulentos cortesanos  
En los festejos se esmeran,  
Y disponen un torneo  
Donde ostentar sus grandezas.  
En él armado aparece,  
Deslumbrando la palestra,  
El de Lombay, revolviendo  
Una berberisca yegua:  
Y con la pica en el ristre,  
Haciendo tan altas pruebas,  
Que de palmadas y vivas  
El vulgo la plaza atruena.  
Sobre las lucientes armas  
Una banda lisa y negra,  
Y negros los martinetes  
Del erguido casco lleva.  
Unos dicen son el luto  
Con que á su amigo recuerda,  
Otros de su pensamiento  
Melancólico el emblema,  
Y que funesto presagio  
De una desgracia tremenda,  
Que le amenaza inminente,  
Sólo juzgarse debiera.

El ancho campo preside  
La Emperatriz, como reina  
De la hispana monarquía  
Y de la humana belleza,  
Y de cuantos corazones  
Laten en la plaza extensa,  
Y en toda la fiel España  
Lealtad y honradez alientan.  
Un gran festín en palacio,  
Cuando el sol á las estrellas  
Cedió de los altos cielos  
Las despejadas esferas,  
Celebróse; y luégo danza,  
En que al són de las orquestas,  
Las majestades augustas  
Tomar parte no desdeñan.  
Y para la luz siguiente  
Funciones se anuncian nuevas,  
Sin que ni el sueño intervalo  
Permita entre fiesta y fiesta.

¡Oh Dios, y cuán fácilmente  
En la miserable tierra,  
Tras de las más dulces horas  
Horas de amargura vuelan!  
¡Cuán fácilmente las dichas  
En infortunios se truecan,

Cámbiase la gala en luto,  
Se torna el gozo en tristeza!  
Sale el sol, inmenso pueblo  
Las calles y plazas llena,  
Ansiando nuevos placeres,  
Y que aún no madruga piensa;  
Y que aún no madruga piensa;  
Alistan los cortesanos  
Sus comparsas y libreas,  
Joyas, armas, vestes, plumas,  
Corceles, lanzas, empresas;  
Cuando demudado el rostro,  
De la alcoba de la Reina  
Sale trémula, llorosa,  
Una camarista ó dueña.  
Y á los jefes de palacio,  
Grandes y damas de cuenta,  
Que á su majestad aguardan  
Para ir á misa con ella,  
Dice, inflexiones buscando  
Que desfiguren la nueva:  
*La Emperatriz hoy no sale,  
La Emperatriz está enferma.*  
Pasma la noticia á todos,  
Embarga á todos la lengua,  
Y en un silencio profundo  
La estancia aterrada queda.  
El de Lombáy, el primero,  
De los piés á la cabeza  
Temblando, y pálido el rostro,  
Pregunta con gran sorpresa:  
*¿Y su majestad, qué siente?*  
Y le responde la dueña:  
*Aguda fiebre la abrasa,  
Grave postracion la aqueja.*  
*Que el doctor Juan Villalobos  
Sin perder instantes venga,  
Pues hay peligro inminente  
Si no me engañan las señas.*  
Dió el Marqués atrás dos pasos,  
Y en un sillón de baqueta  
Se desplomó, como herido  
Por envenenada flecha.

La noticia que en voz baja  
Anunció la camarera,  
Creció al punto, y como trueno  
Que al orbe asombra y aterra,  
Ya por Toledo retumba,  
Helando á todas las venas,  
Partiendo los corazones,  
Trastornando las cabezas.  
Desaparecen las galas,  
Recógense las libreas,  
Murmullo de horror circula,  
Clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas  
Que los festejos celebran,  
Se oyen sólo las campanas  
Que al cielo piedad impetran.  
A las puertas de palacio  
En su parda mula llega,  
El doctor Juan Villalobos,  
El portento de la ciencia.  
Presuroso, fatigado,  
Sube sin hablar, penetra,  
Del Emperador seguido,  
En la alcoba de la reina.  
Con los penetrantes ojos  
Que clava en la augusta enferma,  
Su quebrada vista advierte,  
Su pálida faz observa.  
La pulsa atento, examina  
La respiracion molesta,  
Dice un oscuro aforismo  
Arrugando frente y cejas,  
Y con la faz angustiada,  
Y con azogada diestra,  
Después que un rato medita,  
Docto escribe una receta.

La Emperatriz de Alemania,  
De España la augusta Reina,  
Hermosa entre las hermosas,  
Discreta entre las discretas,  
La gentil, fresca, radiante  
Y embalsamada azucena  
Que dió á Toledo Lisboa,  
De paz y dominio pronda,  
En vez del trono del mundo,  
Do el mundo la reverencia,  
Yace en el doliente lecho;  
De nuestra humana flaqueza  
Agotando las angustias,  
Apurando las miserias,  
Deslustrada la hermosura,  
Trastornada la cabeza,  
Flor lozana que al impulso  
Del cierzo se troncha y seca,  
Astro á quien apaga y hunde  
Del Criador la omnipotencia.

Un sol y otro sol de oriente  
Los umbrales atraviesan,  
Y sumergida á Toledo  
En consternacion encuentran.  
Ya ven por calles y plazas  
Cruzar procesiones lentas,  
Fervorosas rogativas  
Y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el alcázar,  
Y oyen llanto en las iglesias,  
Y llanto hay en los palacios,  
Y llanto en las chozas suena;  
Que era universal la angustia  
Por tan adorada Reina,  
Y con lágrimas su nombre  
Se oye repetir doquiera.  
El de Lombay, convertido  
En muda y helada piedra,  
Ni un solo momento falta  
De la antecámara régia.  
Ni hambre ni sueño conoce  
Que apartarle un punto puedan  
Del cerco de una ventana,  
Fijos los ojos en tierra.  
Cuando el docto Villalobos  
Con otros físicos entra  
En la silenciosa alcoba,  
Le acompaña hasta la puerta,  
Y con inquietud extraña  
Su salida ansioso espera,  
Y algo preguntarle quiere  
De que teme la respuesta.  
Y al verle salir se turba,  
Con las palabras no acierta,  
Y en él clava ardientes ojos,  
Cual si penetrar pudiera  
Su pensamiento escondido,  
Los arcanos de la ciencia.  
Y calla, y lágrimas pocas  
Su mustio semblante quemán.  
¡Desdichado! ¡Harto le dice  
Su corazón!... Sólo queda  
En él alguna esperanza  
En las bondades eternas.

Cabildo, comunidades,  
Parroquias, todos se esmeran  
En solemnes rogativas,  
Votos, plegarias y ofrendas.  
Grandes, nobles y plebeyos  
Los templos llorosos llenan,  
Y á voces al cielo piden  
La salud para su Reina.  
Todo en vano; fué de bronce  
A los clamores y quejas,  
Pues sus ocultos designios  
Jamás el mortal penetra.  
El doctor en tanto apuro  
Los sacramentos ordena,  
Pues ya remedios no sabe  
Para tan grave dolencia.  
Y con pompa augusta y santa,  
Pero que los pechos quiebra